

EL VELO DE ISIS XII
LAS MIL Y UNA NOCHE OCULTISTA
Barbero y el Tintorero de Iskandaria

Ambos eran amigos y el barbero confiaba totalmente en su amigo tintorero, al que le gustaba disfrutar de la vida, comiendo y bebiendo, además de engañar a sus clientes, quedándose con telas y texturas, que le llevaban a teñir.

Ambos deciden trasladarse a un país lejano, y en el barco mientras el barbero ejercía su oficio entre los marinos, el tintorero, que se enferma, es cuidado por el barbero para que descanse, coma y se recupere.

Al llegar a esa tierra lejana, que confiaban fuese mejor que la que habían vivido, el tintorero observa que allí solo conocen dos colores: el blanco- que todo lo integra, y el azul- color del cielo y la profundidad del mar.

Curiosamente es el barbero, quien cae enfermo y el tintorero se aprovecha de su dolencia, le roba todo y lo abandona a su suerte. Demostrándonos que ante una misma situación, cada uno de nosotros actuamos según nuestra conciencia.

El tintorero, siempre buscando su beneficio, va a ofrecer sus habilidades al rey y le dice que puede lograr hasta 40 colores distintos – cuarenta: cambio y transformación- y el rey lo contrata y le ofrece riquezas, mujeres y honores `por sus servicios.

Al recuperarse de su enfermedad, el barbero busca a su amigo, fácil de identificar por los innumerables colores y telas que podía ver por todas partes, y Oh! sorpresa. Su amigo le rechaza e incluso le hace prender y apalear, para librarse de él, porque ahora ya no les es útil.

Es evidente que nos presentan aquí en este cuento las dos caras de la dualidad, el malvado y el bondadoso. La falsedad y la bondad sin dobleces. Es decir, el mal ha utilizado al bien, hasta que ya no lo necesita y quiere liberarse de él. ¿Quién es el culpable de estas acciones? El malvado que se aprovecha o el bondadoso que no piensa por si mismo y deja su vida confiadamente en manos del otro. No podemos quejarnos de lo que nos ocurre, si hemos confiado ciegamente en los demás, sin pensar por nosotros mismos, sin tomar las riendas de nuestro vehículo.

Por fin el barbero reacciona, acepta lo que le ocurre y se presenta al Rey para ofrecerle los beneficios, que puede proporcionar a todo su reino, el uso de la casa de baños, – el Hammam- lugar donde purificarse, perfumarse, embellecerse, es decir, un sitio donde todos y cada uno usa la bondad y beneficios del agua, elemento indispensable y purificador a cualquier nivel, físico y emocional, y donde liberarse de cualquier impureza.

Es así que te muestra el cuento que el tintorero busca únicamente el beneficio propio, aprovechando sus conocimientos pero sin compartirlos, en cambio el barbero, comparte y proporciona a los demás, su capacidad de usar el regalo del agua, elemento que no podemos fabricar, ni siquiera actualmente, pero que nos resulta imprescindible para nuestra vida personal y la de la Naturaleza de la tierra que habitamos.

Una última observación, el tintorero cambia las cosas a su antojo, es un

transformador del original, tiñe, esconde y manipula, al gusto de los demás y al suyo propio. El barbero, está al servicio de todo ser humano, para liberarse de aquello que ya no necesita, para indicarle como limpiar su cuerpo, y con su actitud, demostrarles que podemos estar limpios por fuera y por dentro, de acuerdo con nuestras obras.

Cada cuento nos lleva a la reflexión personal, nunca a la crítica mordaz o al juicio implacable. Todo cuanto vemos o cuanto nos ocurre, es sencillamente para aprender a vivir, a comprender y comprendernos y ayudarnos a tomar decisiones personales, escuchando, pero siendo responsable de los caminos, la velocidad y las direcciones de ese vehículo que es tu cuerpo con todos sus elementos,- la tierra, del aire que nos rodea, símbolo de nuestro pensamiento o mente, del fuego interno que todos poseemos y del agua, ese elemento limpiador y a la vez que alimenta la tierra para que todo fructifique en ella, usándola en la debida proporción, porque si la inunda, nada crece. Todo en su justa medida.

C.E.A.

EL VELO DE ISIS

Capítulo XII

Culmina el gran mito de Aladino y con él el de los “genios” terrestres

Ahukir el tintorero y el barbero Abusir.–Egoísmo y altruismo.–La pureza primitiva del blanco y el azul.–Los colores y el sensualismo.–La desgracia ahuyenta a los malvados todo cuanto les atrae la fortuna.–El hamman y sus delicias.– ¡Otra vez y siempre los mitos del Pescador y del mágico anillo!–El príncipe y la Esfinge.–Alquimia y ocultismo.–Los dos eternos enemigos.–El símbolo eterno de Brahmâ y de Siva.–El ansia insaciable del rey Kendamir por saber lo que no se sabe y ver lo que nunca se ha visto.–El consabido viaje a Damasco.–A qué cinco clases de personas no debe darse el conocimiento oculto.–Historia del príncipe Hassán al Basori.–Caída en la necromancia.–Viaje aéreo hacia la isla de Wak-Wak en alas de los efrites.–El tamborcito mágico.–Las musas parsis y el palacio de las cuarenta llaves.–La puerta infranqueable.–El lago de las mujeres-cisnes.–Botón de Rosa.–La Virgen y la Madre.–Esenios y curadores o terapeutas.–“Esplendor” ha volado a los cielos, como Astrea, después de dar a luz los dos gemelos Sol y Luna, o sea los grandes y pequeños Misterios.

El mágico anillo a quien en los capítulos anteriores vimos operar toda clase de maravillas, dando el tesoro de la omnipotencia a su afortunado poseedor, tiene su eco también en la hermosa historieta de Abukir y de Ausir, los dos prototipos de la Magia blanca y de la negra en el mundo, los dos habitantes de la gran Iskandaria, o sea la ciudad mítica y astral, así llamada en honor de Iscandar el de los dos Cuernos, célebre iniciado, especie de Moisés bíblico, que figura en tantas leyendas árabes y persas, y cuyo nombre tiene con el Ishakar bíblico muy probables conexiones. Veámosla:

VERSIÓN SÉPTIMA DEL MITO DE ALADINO (Historia de Abukir y de Abusir, de Iskandaria)

“En la ciudad de Iskandaria vivían, pared por medio, Abu-kir el tintorero y el barbero Abusir. Aquél, que era un perfecto canalla, a fuerza de engañar a cuantos acudían a su tienda, quedándose hasta con los géneros, se vió sin medios de vida, acogiéndose a la protección de Abu-sir, que era todo un santo. Entrambos deciden emigrar en demanda de tierras mejores, después de haber hecho pacto de recíproca hermandad y auxilio, embarcándose para lejanas tierras.

El hábil barbero, con su arte, bien pronto halló en el barco lo necesario para su sustento y el de su amigo, quien, bajo pretexto del mareo no salía de su camarote, comiendo y bebiendo cuanto le llevara su compañero.

Al cabo de las tres semanas arribaron a un país singular en el que el barbero cayó enfermo, viéndose al punto robado y desamparado por el infame Abu-kir, el cual, al advertir que en todo aquel país los cuarenta tintoreros de su gremio sólo sabían teñir de azul y blanco las telas, ni había en parte alguna sino estos dos colores, únicos conocidos, se presentó al rey diciéndole que él podía teñir hasta de cuarenta colores diferentes, si le otorgaba la necesaria protección para ello. El rey, por ensayar la propuesta contra la general oposición que despertase el proyecto, accedió a la demanda del tintorero, instalándole en la parte mejor de la ciudad con sus cuarenta grandes tinajas y otras cuarenta pequeñas, siendo enorme su impresión y la de todos sus súbditos al ver de allí a pocos días, tendidas a secar, vistosísimas telas de cuarenta colores distintos, que, agitadas por el viento, formaban el más delicioso y allí nunca visto de los contrastes: el rojo, en sus diversos tonos de fuego, granate, carmín y púrpura; el amarillo crema, el amarillo rey, el amarillo toronja y el amarillo oro; el verde mar, el alfónsigo, los verdes de aceituna y de cotorra; el rosa, el coral, el salmón, el de azufaifa, los diversos azules distintos del cielo, que era allí el único conocido por los tintoreros, como va dicho, y, en fin, las diversas tonalidades del gris y del negro. ¡Aquello era un derroche de policromía que volvió literalmente locos a todos, incluso al rey!, y este último le colmó de esclavos y mujeres y otros presentes, haciendo del astuto Abu-kir uno de los primeros personajes del reino.

Pasada su enfermedad y creyendo el pobre barbero Abu-sir que su compañero le habría abandonado por atenciones superiores, corrió a abrazarle, lleno de alegría, así que le divisó muellemente reclinado sobre los almohadones de su lujosa tienda, hecho todo un señor. Pero el malvado Abu-kir, no sólo negó impasible que le conocía, sino que hasta le hizo prender y apalear, con inaudita extrañeza por parte del buen barbero, que no podía explicarse aquello.

Repuesto el barbero de la paliza decretada por su amigo, quiso descansar y lavarse, como es uso entre los buenos musulimes, mas se encontró con la sorpresa de que al preguntar por el hammam más próximo nadie supo encaminalo, porque en todo el Imperio, según trazas, nadie se bañaba sino de tarde en tarde, y eso en el mar, y las delicias del hammam les eran absolutamente desconocidas. Tan de nuevas había cogido aquello a las gentes, que habían llevado ante el rey al rapista, según eran de inmensas las dulzuras que asignaba a su soñada "casa de baños". "Tu ciudad –le había dicho el barbero al rey– no será verdaderamente perfecta hasta que no cuente con un hammam por lo menos."

Efectivamente, con la protección y la impaciencia regia por probar aquel prometido paraíso del hamnian, la cosa fué obra de pocos días. El rey, primero; la reina, después; luego los altos dignatarios, y, en fin, el pueblo entero desfilaron por el establecimiento de baños, sabiéndole a mieles el temple de las aguas, las cámaras de tepidarios, caldarios y frigidarios, de alabastro y jaspe; el dulce masaje de los expertos, productor de éxtasis inefables, el depilado primoroso, el pintado de ojos y mejillas con el koll de adecuados colores, los perfumes, las músicas, los lechos de

descanso y demás cosas que son de rigor en semejantes recintos de higiene...

Todos, al abandonar el establecimiento se sentían ágiles como pájaros, rejuvenecidos y felices.

La fama del barbero, director de todo aquello y de las delicias de su establecimiento, acabaron por atraer también a él al zorro de Abu-kir, quien, al reconocer en él a su fraternal amigo y víctima, corrió a estrecharle hipócritamente entre sus brazos, pretextando, ante sus quejas por el trato anteriormente recibido de él, que todo había sido hijo de una confusión, hija de sus preocupaciones aquel día. El tintorero, después de haberse hecho servir por el propio Abu-kir en el baño, en el depilado, en el masaje y en la sala del perfumado y el descanso, quiso pagarle tamaño bien allí recibido recomendándole como el mejor de los depilatorios una mezcla por iguales partes de arsénico amarillo y de cal viva.

Luego se fué sigilosamente al rey, diciéndole:

–Señor: Abu-sir, el dueño del hamman, no es sino un traidor que, aprovechando las fingidas delicias del sitio, no quiere sino envenenarte con cierta pasta depilatoria que tiene preparada y que, al efecto, puedes hacer que ensaye en tu visir.

El crédulo rey montó en cólera contra el barbero, y, en efecto, precedido por su visir, le entregó una vez más en las manos del experto, y el visir murió al momento mismo de ser tocado por la terrible pasta, en medio de atroces convulsiones. Abu-sir fué mandado prender, y condenado a ser introducido en un gran saco de cal viva y arrojado al mar, para que muriese ahogado y abrasado a un mismo tiempo. Pero al ir a dar la orden fatal el rey con su dedo, hubo de caérsele al agua el anillo mágico y al que, por lo visto, debía todo su poderío.

Conviene añadir también que el capitán del puerto, agradecido a los inestimables beneficios recibidos por el hamman, le había llevado a tiempo la noticia y puesto a buen recaudo al barbero de las iras del rey en una isla desierta, en la que se hizo pescador, pescando de buenas a primeras, ¡oh ironía del Destino! que se burla siempre de los planes de los mortales!, el propio omnipotente anillo perdido por el rey.

Para el santo barbero Abu-sir, sin embargo, el mejor de los anillos mágicos era la pureza de su condición y la alteza de sus miras, por lo cual, tan luego como halló en el vientre del pez el anillo regio se apresuró a devolvérselo a su dueño, quien asombrado ante tanto altruismo hizo abrir una detenida información acerca de lo ocurrido, la cual puso en claro la perfidia de Abukir, el cual fué condenado, no obstante la intervención de Abu-sir, a sufrir el mismo género de muerte destinado a este último, de ser echado al mar en un saco de cal viva ...

Las olas del mar arrojaron más tarde a la orilla el cadáver de Abu-kir en la hermosa bahía que lleva desde entonces el nombre del tintorero, y frente a la cual la historia ha sabido escribir otra página sangrienta de las guerras napoleónicas: la derrota de las naves del César francés, también llamada de Abu-kir!

COMENTARIOS

¡Cuánta filosofía se encierra en la fabulita de Abu-kir y de Abu-sir! ¡No en vano eran entrambos, el bueno y el perverso, ciudadanos de la gran Iskandaria, por otro nombre “el otro mundo”!

En esta pelota sideral de cieno a la que llamarnos Tierra, parece ley que siempre haya de vivir el perverso a costa del bueno, y que este último haya de verse fatalmente solo en la desgracia o mal acompañado en la dicha. ¡Acompañado por todos aquellos malvados aduladores que únicamente sueñan con perderle!

Pero, además de estas consideraciones generales, propias de la moral de toda buena fábula, hay en la linda historieta detalles simbólicos muy dignos de admiración.

Es el primero el relativo a la industria tintórea del malvado Abu-kir, quien, en su angustioso éxodo por el camino de la vida o “Sendero de la Iniciación y de la Liberación”, hubo de tropezar con la inocencia de un pueblo que, en su candor prístino, no conocía, por su suerte, más colores que el celeste azul de los cielos y el blanco de su pureza originaria. Todos los demás: el rollo de la cólera o de la sangre vertida en fratricidios, el amarillo de la envidia, el gris de la tristeza, el negruzco del cieno pasional, etc., etc., les eran perfectamente desconocidos aún.

Mas llegó la miseria humana tanto del bueno como del mal peregrino, y he aquí, ¡oh ciegos!, que conocieron y se entusiasmaron locamente por aquella gamma inmensa de todos los demás colores hijos de la pasión y del deseo, sintiéndose felices con aquello mismo que iba a labrar su ruina, y diríase más: acaso presentían las falsas delicias de toda caída, hasta esta que pudiéramos llamar caída de la luz blanca del sol y la azul de la atmósfera en esos mil colores, encanto, sí, de nuestros torpes ojos, pero que en el fondo no son, según nuestra moderna física, sino la muerte de aquella luz blanca prístina en el seno de la inerte materia y su devolución ya falsificada en forma de color, color al que ya ha de faltarle inevitablemente su color complementario, que ha quedado latente y escondido en el cuerpo que recibiera aquella luz. ¡La industria era bien digna de un malvado como Abu-kir, único capaz de teñir de negro lo blanco y de sustituir con la falsedad de la pintura –no hablo de las coquetas que se pintan– la Verdad de una pureza sin mancha y azul!... De aquí también la noble oposición que despertase el proyecto entre los sabios consejeros de aquel rey estúpido que así se dejó engañar por las arteras pinturas del perverso embustero.

Es el segundo simbolismo de la historieta el recíproco de la labor del bondadoso Abu-sir, barbero de profesión, es decir, depurador de toda humana inmundicia, lavador de todo defecto físico, de todo error intelectual y de toda lacra moral en ese hamman por él descubierto con su vida santa, que no era, no, la simple casa de baños árabe, sino el lago iniciático oriental, testigo de la vieja celebración de los Misterios; la “piscina probática” del Evangelio, cuyas aguas, removidas por los

ángeles, curaban las tres clases de enfermedades del cuerpo, el alma y el espíritu, y donde no tuvo necesidad de entrar el paralítico, bastándole aquella palabra de “¡Vete, y no peques más!” con que Jesús le despidió, como también despidiese a la adúltera.

¡Y también el falsificador tintorero se dió trazas a envenenar la piscina, como tantos otros “hipócritas tintoreros” de la mentira en verdad, y viceversa, envenenan las puras aguas de la Vida!

Nada tiene, pues, de particular que al decretar el engañado rey la prisión de Abu-sir el justo se le cayese al agua su mágico anillo, ya que el verdadero poder, que es el del bien, cae o desaparece así que comete la injusticia. Tampoco nada más lógico que, con particularidades que enlazan al mito aladinesco por esta parte con el básico de “El Pescador”, este anillo sea pescado por Abu-sir el perseguido, y con él recabe la mayor de las soberanías de la Tierra: EL DE LA VIRTUD, Y SU MÁGICO ANILLO.

VERSIÓN OCTAVA DEL MITO DE ALADINO
(Las aventuras del príncipe de los Rums)

“Un rey y una reina de la dinastía de los antiquísimos Rums vinieron a la desgracia y a la pobreza, teniendo, por toda ilusión, a un hermosísimo hijo, sobre quien el Destino había parecido volcar todos sus dones, y que era así el báculo de su vejez.

–Padres míos –les dijo un día el joven–, con razón escribió el sabio: “La penuria nos hace extranjeros en nuestra propia morada, así como el dinero nos da en el extranjero una patria.”

Partamos, pues, de aquí en busca de nuevas tierras. El Destino quizá nos ha hecho pobres para probarnos en la virtud, ya que también el sabio dijo que la miseria endurece el corazón del hombre de alma baja, otro tanto de lo que ennoblece al hombre de alma elevada y pura.

Los tres infelices dejan así el pueblo de sus mayores; cruzan llanuras, montañas, torrentes y desiertos, hasta llegar a una hermosa ciudad, en la que el joven, dejando en rehenes a su padre y a su madre, se provee, a cambio, de un caballo y un regio vestido, con el que parte en demanda de aventuras. Anda que te andarás, pronto tropezó con un anciano en las puertas mismas de otra ciudad aún más grandiosa. El anciano le previno no entrase en ella si estimaba en algo su vida, porque allí reinaba una princesa cruel que, desde lo alto del torreón del homenaje, hacía al viajero temerario tres preguntas, mandándole cortar la cabeza al punto si no respondía a ellas a su satisfacción, como ya llevaba hecho con las de 999 infelices que, para escarmiento, había ido clavando en la torre.

Las prevenciones del prudente anciano no hicieron sino espolearle más al joven en su ansia de aventuras; así que, con gentil continente, paro el caballo a los pies de la torre y aguardo sereno las tres preguntas tremebundas. La cruel reina no se hizo esperar, y desde la altura le dijo:

–Joven temerario, que así profanas esta sagrada curiosidad, sin temor al tristísimo fin que te aguarda, como a tantos otros cuyas cabezas ves aquí, ¿podrías decirme

el verdadero significado de estas palabras que he hallado escritas en un libro tan profético como antiguo?

Las palabras son: "¡Da a la joven virgen de Occidente el bello hijo del rey de Oriente y nacerá de este feliz consorcio un niño que será rey de reyes y señor de las caras hermosas como soles!"

–Reina, eres muy imprudente en tu pregunta, pues que con ella no haces sino repetir las clásicas palabras que encierran todo el secreto de la Piedra Filosofal, y equivalen a decir: "mezcla la húmeda tierra de Occidente con la sana tierra adámica de Oriente y tendrás como hijo al "Mercurio filosófico", mediante el que podrás transmutar el cobre en oro y en sol, el plomo en luna y en plata, y en diamantes las piedras de ese muro y también los más toscos guijarros del suelo". ¿Qué más tienes que preguntar?

–Quiero también que me digas, ¿a qué es a lo que deben los talismanes su virtud?
–insistió la reina.

–Las sublimes virtudes de los talismanes se deben a las letras que en ellos están escritas, porque las letras son sagradas, están respectivamente relacionadas con los espíritus naturales y cada una tiene el suyo respectivo. Un espíritu, además, es un Rayo o Emanación de las virtudes de la Omnipotencia. De entre ellos, los que residen en el mundo inteligible mandan a los que habitan en el mundo celeste, como éstos, a su vez, son los soberanos de cuantos viven en el mundo sublunar. Las letras, en fin, forman las palabras, éstas las oraciones, y las oraciones gramaticales son las operadoras de los prodigios que asombran a los hombres vulgares, pero que no turban jamás a los sabios, porque estos últimos conocen el mágico poder de las palabras y no ignoran que las palabras gobiernan al mundo, pues frases escritas o proferidas pueden sepultar a los reyes bajo las ruinas de sus palacios y transformar en desiertos los países más florecientes.

–Mucho sabes, noble joven –replicó la reina–; pero seguramente no me sabrás decir, ¿cuáles son los dos enemigos eternos?

–Los dos eternos enemigos ¡oh, reina! –respondió con firmeza el joven, no son el cielo y la tierra, por cuanto la tierra es también parte del cielo, y no es tampoco real la distancia que parece separarlos, distancia que puede ser llenada en un abrir y cerrar de ojos; que llena está, en efecto, de toda clase de seres, y que, en todo caso, podría ser llenada toda ella, no con ejércitos de guerreros, ni bandadas de aves, o nubes de insectos, sino con algo que es capaz de alcanzar a cielos y tierra, es, a saber, con LA PLEGARIA. Tampoco son contrarios la noche y el día, puesto que están entre ellos los dos crepúsculos; ni el sol y la luna, ni la luz y las tinieblas, ni, en fin, tantas otras cosas complementarias y contrapuestas, sino la Muerte y la Vida, que se sirven alternativamente de los seres creados como de juguetes, ya que la Vida nace de la Muerte, como nace también recíprocamente la Muerte de la Vida.

Asombrada la reina de tanta sagacidad, aunada en un joven a un tan firme y honrado saber, no quiso preguntar más**(1)**, prestándose, en cambio, a que el príncipe de los Rums le hiciese, a su vez, su pregunta respectiva, al tenor de lo convenido. Y la pregunta era sencillamente ésta:

–¿Cómo es posible que mientras yo estoy a caballo, lo estoy sobre mi propio padre, y sean las ropas de mi madre estos vestidos con los que, ¡oh, reina!, me estás

viendo?

La reina no supo, naturalmente, qué contestar, por lo que el joven se apresuro a sacarla de su duda contándole toda su triste historia. Aquélla quedó tan conmovida con el relato y tan enamorada del narrador, que hizo anunciar públicamente que desde aquel momento se consideraba la esposa de aquel príncipe que de tan heroica manera había salvado la vida y restituido todos sus antiguos esplendores a los dos santos ancianos que le habían dado el ser y educado con tantísimo provecho.

COMENTARIOS

El cuento transcrito parece el original parsi del famoso griego de Edipo y la Esfinge, y como más primitivo que éste resulta más elevado y puro, puesto que bajo la apariencia de una respuesta alquímica se hace la entera profecía mágica acerca del futuro, a saber: la de ligar o desposar la joven ciencia de Occidente, con el bello hijo de la Magia Oriental, o sea el Saber Tradicional Perdido, que sólo en Oriente se conserva a guisa de preciadísima herencia de nuestros Padres o Pitris, los hombres que ya triunfaron en el decurso de una humanidad, ciclo o manvántara que precediese a nuestra humanidad adánica o “de rojo barro” sobre la superficie del planeta.

Las demás preguntas hechas al joven son meras secuelas de ésta, y como tales no necesitan explicación, fuera de la que por si propio habrá de hacerse el lector. ¿Qué no podría escribirse, por otra parte, acerca de esos dos contrarios absolutos y siempre alternados de la Vida y de la Muerte, o sea de Brahma y de Siva?

VERSIÓN NOVENA DEL MITO DE ALADINO (Historia de Hassán al Basil)

“Cuentan las viejas crónicas de los sassanios que el rey Kendamir, señor de toda la Persia de mar a mar y del Khorassán, hasta más allá del Oxus, era un soberano sabio, prudente y amantísimo de los poetas, a quienes trataba mejor que a sus propios visires. En las continuas enseñanzas de ellos nada le quedaba ya que aprender ni que escuchar, por lo que, cierto día, mandó al jefe de los eunucos que fuese a buscar al visir Abu-Alí, a quien dijo:

–¡Padre de la Elocuencia! Yo necesito saber lo que no se sabe y ver lo que nunca se ha visto. Si no aprendes y me cuentas, pues, un cuento nuevo y maravilloso en el término de un año, te haré decapitar, y si logras contármelo, tú serás mi sucesor en el trono **(2)**.

Aterrado el visir Padre de la Elocuencia, y sabedor por tradición de que toda la ciencia del Universo estaba encerrada en el libro de Las aventuras de Hassan al Basri (el gran esenio o “curador” de Balsora, como si dijéramos), envió al punto a cinco intrépidos mamalik para que se informasen acerca del pasmoso libro, yendo, respectivamente, el uno a la India y a Sindla, el otro a China y los otros al Khorasán, al Moghreb, a Egipto, a Siria, Armenia y el país de Mobarak. Cuatro de ellos volvieron desencantados antes de finar el año del plazo, diciendo que nadie

podía ya informarles acerca de aquella joya perdida de la edad de oro.

En cuanto al quinto emisario, él había tomado el camino de Damasco **(3)**, y no tardó en unirse a diversos sabios que, llenos de filial fervor, caminaban a beber ciencia sublime de labios del anciano jeique Ishahak Al-Monnabbi. Al prosternarse todos sumisos a sus pies, vieron a otros muchos discípulos que, en el límite del éxtasis, se adoctrinaban con las enseñanzas de aquella Gran Alma, que, como música de aves canoras, declamaba las glorias del remoto pasado. Al preguntarle luego el Maestro Ishahak al mamalik qué era lo que allí iba buscando para hacer tan penoso viaje, éste le dijo humildemente que deseaba adornar su espíritu con lo que el hombre no conoce, aunque siempre vanamente lo busca.

–Te lo diré –respondió el santo jeque; pero antes me habrás de jurar que no comunicarás mi enseñanza a ninguna de estas cinco clases de personas **(4)**: a los ignorantes, porque su grosero y dormido espíritu no lo sabría estimar; a los hipócritas y mojigatos, que se asustan de todo; a los pedantes, que se tienen por maestros del bien, siendo sólo maestros de perdición; a los idiotas y a los descreídos, porque ninguno de ellos sabrían sacar de aquélla nada provechoso ni práctico.

Y diciendo esto, le enseñó el ansiado libro que buscaba y se puso a dictársele palabra por palabra durante siete días y siete noches, sin interrupción.

El mamalik, sintiéndose ya un hombre completamente nuevo, besó los pies del Maestro Ishahak, tomó su bendición y beneplácito, y se puso en camino de regreso hacia la corte, llegando a ella en mucho tiempo menos que lo empleado a la ida, y cuando sólo faltaban diez días para el terrible plazo **(5)**, tras el cual había de ser decapitado el visir.

Excusarnos decir cuál sería la alegría de éste al verse salvado por su mamalik, a quien colmó de regalos y de honores, y cuánta prisa no se dió a copiar esmeradamente, en nueve días y en letras de oro, el libro sin pararse a dormir y comiendo un dátíl únicamente cada día. Al día décimo, último del plazo, se le llevó solemnemente en arquilla de oro y pedrería al rey, quien escuchó su lectura, sin interrupción, de la noche a la mañana. Lo que de tan portentosa historia ha llegado hasta nosotros dice así:

“Al nacer Hassan, el hermoso, de padres llenos de virtudes, pero que desesperaban ya de tener sucesión, el horóscopo de los astrólogos le anuncio un excelso porvenir si no la erraba en su camino, pues llegaría, decía, a dominar a la gran serpiente del rey Solimán ben Daul.

Muerto el padre, y habiéndose arruinado por sus dilapidaciones, su madre le puso una tienda de orfebre, que al punto se vió la más concurrida de la ciudad, pues que todos venían a ella más que a comprar a admirar la hermosura y las extraordinarias dotes del joven Hassan.

Cierto día hubo de presentársele al joven un anciano persa de luenga barba y ojos de fuego, portador de un libro antiguo, preguntándole, ante todo, si era casado, y como le respondiese el joven que aún era célibe, añadió:

–Entonces puedo adoptarte y enseñarte toda mi ciencia alquímica, mientras que, si fueses casado, nunca habrías podido entrar en la intimidad de mis conocimientos.

Y diciendo esto, se hizo aportar gran cantidad de objetos de cobre, que al punto

transformó en oro mediante unos polvos amarillos que sacó de la cajita que traía, al par que recitaba ciertas fórmulas mágicas de su libro, tales como la clásica de "¡Hakh, Makh, Bakh!", de tan ilimitada trascendencia transmutadora **(6)**.

Entusiasmado con aquello el joven, ya no pensó en nada en este mundo, sino en adquirir la portentosa arte, convirtiendo en oro, bajo la dirección del persa, todos cuantos utensilios metálicos tenía en su casa, aunque no sin las protestas de su anciana madre, que no veía en ello sino la definitiva perdición de su amado hijo.

Una vez celebrado entre maestro y discípulo el lazo de compartir el pan y la sal, aquél, bajo pretexto de explicarle la obtención del "elixir quintaesenciado de la larga vida", le dió un narcótico de bang, le dobló los muslos sobre el tronco como se hace con las momias, le metió en una gran arca con todo el oro obtenido, y echándose el arca auestas, se embarcó en la nave que le esperaba en la playa, haciéndose a la vela ésta con rumbo desconocido. ¡Se trataba, en efecto, nada menos que del terrible mago negro Babram el Gauro, adorador del fuego y de la alquimia, quien cada año escogía a un "joven perro, hijo de perro y nieto de perro y con perros y perros por todo antepasado", según él decía de los verdaderos creyentes, para llevarse a una lejanísima playa y hacerle servir a sus fines de perdición. Llegado el barco a la desierta playa, cuyos rollos y arenas eran de diversos colores, siempre bajo la vigilancia del terrible parsi, que dormía con un ojo abierto y otro cerrado, éste habló al joven en los términos más entusiásticos acerca del culto del fuego, la chispa, la llama, el sol y la luz, añadiendo para hacerle abjurar de su religión:

-Igual que a ti, llevo raptados a otros novecientos noventa y nueve mancebos; pero itú eres el más hermoso de todos! Abjurarás de tus falsas ideas y te llevaré por los aires hasta la cima de la Montaña de las Nubes, y allí cogemos los tallos de las plantas misteriosa de las que se extrae el divino elixir de vida.

Y diciendo esto, sacó un tamborcito forrado con piel de gallo y lleno de signos mágicos, en el que se puso a tocar con sus propios dedos. Al punto surgió de la tierra un gigantesco caballo negro, dotado de enormes alas y echando fuego por cascos y hocico⁷⁵, sobre el que subieron entrambos, y ya en él, a tiempo de arrancar por los aires, el hechicero parsi soltó una formidable carcajada satánica diciéndole:

-¡Oh, infeliz, estás ya a merced de todos mis caprichos, sin que nadie en el mundo pueda valerte contra mi poder!

Pero no contó el malvado con la fe inquebrantable del joven, quien, armándose de valor, recitó la fórmula de la fe, quitándole el tambor funesto y despeñándole, mientras que el alado caballo seguía volando y volando por encima de las nubes, hasta cernerse sobre una ciudad inmensa, en la que había un palacio con una cúpula de oro que fulguraba como un astro bajo los rayos del sol. El joven, colgándose el tambor en el cinto, descendió suavemente junto a la puerta del palacio para pedir agua y pan. Avanzando resueltamente a través de los patios abiertos, penetró en una regia estancia donde dos hermosísimas jóvenes jugaban al ajedrez. Al verle, le recibieron cariñosas jurándole fraternal amistad, y le obsequiaron con el más opíparo de los banquetes en platos de oro y copas talladas con enormes piedras preciosas, diciéndole:

-¡Tu llegada feliz hace bailar de alegría hasta a las piedras de este tu palacio!

Luego le cuentan su historia y la de las otras cinco hermanas y la razón de sus poéticos nombres, a saber: "Estrella matutina", "Estrella vespertina", "Cornalina", "Esmeralda", "Anémona", "Botón de Rosa" y "Grano de Mirto"; estas dos últimas, quienes le hablaban, eran sólo hermanas de padre de las otras cinco, y todas siete resultaban ser hijas de uno de los más poderosos genios y mareds, el cual, en odio a la humanidad, había jurado no casarlas nunca, llevándoselas confinadas hasta aquel inaccesible palacio de los efrites rebeldes al rey Soleimán, donde ni noticias tuvieran nunca de los hijos de Adán.

Llegan de allí a poco las otras cinco hermanas, y todas, con el mayor placer, hacen al joven iguales promesas que Botón de Rosa y Grano de Mirto, celebrando con él idéntico pacto de hermandad, con lo que no hay que ponderar la felicidad de nuestro héroe entre aquellas celestiales criaturas, cazando en unión de ellas, durante el día, por los paradisíacos campos vecinos e instruyéndose recíprocamente durante las noches en veladas interminables, con música, versos y banquetes. Aquel idilio, sin embargo, fué interrumpido por la llegada del padre, el terrible rey del Gennistán, quien se llevó consigo a las siete hijas, no sin que Botón de Rosa, antes de partir, y sacando a Hassán del escondite en que le había ocultado a la llegada del padre, le dijese:

–Toma estas cuarenta llaves, de otras tantas estancias del palacio, y donde hallarás cuanto necesites, pero no abras por nada del mundo la que tiene esta llave con una turquesa incrustada, porque si lo haces te acontecerá un gran mal.

Desde aquel instante Hassán, solo en aquel inmenso palacio, encontró en este último cuanto bueno y hermoso se puede ensoñar. Los tesoros, las comodidades de las 39 estancias eran dignas del más opulento de los reyes de la tierra; pero la condición humana, que es insaciable y que está espoleada siempre por la más insana curiosidad, le movía tantas veces como pasaba frente a la cerrada puerta número 40 a desear el esclarecer el misterio que la envolvía, no obstante la terminante prohibición de Botón de Rosa. Por fin, el incauto cedió a la tentación y abrió la puerta fatal, hallando primero una obscuridad cimeriana, luego una escalera negrísima por la que subió a una terraza-pensil cuajada de laureles, mirtos, almendros y glicinas festoneando a un palacio de diáfanas cúpulas donde el cristal, el oro, la plata y la pedrería rivalizaban a porfía, y al lado del palacio un lago verdaderamente celeste, como Khosroes y Kaissar no le viesan jamás.

Embebecido Hassán en la contemplación extática de tales maravillas, vióse sorprendido de allí a poco con la llegada de una bandada compuesta por diez cisnes más blancos que la nieve y que se abatían sobre el lago, mientras que otro cisne mayor, el guión de la banda, se sentaba en un áureo trono junto a la orilla.

Un instante después, y sin que el pobre Hassán acertase a explicarse la mudanza, aquellas divinas aves echaron lejos de sí sus mantos de pluma, transformándose en otras tantas mujeres como huríes que bañaron sus cuerpos prodigiosos en las aguas del lago, volviéndose luego a revestir de sus plumajes y a volar hasta desaparecer en el horizonte azul.

Aquello fué un golpe de muerte para el desventurado joven, porque en tal instante, a la vista de la soberana de la banda de cisnes, quedó traspasado su corazón por la flecha invisible del amor. ¡Un amor imposible y absurdo, que, al tenor de la profecía de Botón de Rosa, no podría menos de acarrearle su perdición!

¡Tú, que despreciaste, necio, a las bellas de tu patria terrestre –se dijo, llorando–, tendrás que debatirte inerte con tu corazón hecho vano juguete de las hijas de los genni!

Y, entre lloros, suspiros e inútiles imprecaciones, se le pasó la noche entera hasta la salida del sol. Todo el día siguiente se le pasó también esperando en vano la llegada de la noche y de las mujeres-cisnes, por lo que le sobrevino tal congoja que enfermo, prefiriendo la muerte a tener que dejar aquellos lugares sublimizados un instante por la presencia de su inasequible amor.

En semejante estado y sin que hubiese tomado alimento alguno le encontró al cabo de diez días Botón de Rosa, su protectora, la cual, movida a una compasión sin límites, trató de consolarle diciéndole:

–Si me juras guardar secreto, yo te ayudaré, pero si violas luego tu juramento los dos nos veremos perdidos sin remisión. ¡Haste enamorado nada menos que de la inalcanzable hija del rey de los genni, llamada “Esplendor”, quien, como sus otras hermanas, viene a bañarse en este lago sagrado de la inmortalidad una vez en cada novilunio, pasando el resto del tiempo bajo su apariencia de blanco cisne, custodiada por un feroz ejército de cinco mil amazonas! ¡Escrita estaba tu perdición! El estado en que te hallas puede costarte, en efecto, la vida, si no te das trazas durante el baño a apoderarte de sus vestidos de ave. Cójelos, pues, con la mayor celeridad y luego cógela a ella por los cabellos de oro, sin hacer caso de sus amenazas, lamentaciones ni súplicas; bésala pies, manos y frente, y yo cuidaré de haceros conducir a entrambos por los aires hasta tu propia ciudad de Bagdad.

Hassán creyó inacabables los días que mediaron hasta el otro novilunio, día en el cual realizó fielmente el encargo del hada Botón de Rosa, apoderándose de los alados vestidos de “Esplendor”, la reina de las mujeres-cisnes, y luego de ella misma. “¡Hassán, el hijo de los hijos de Adán, ama a un ave y es por ella correspondido!”, cantaron de allí a poco, a coro, las seis hermanas de Botón de Rosa, celebrando, gozosas, los desposorios de aquélla, la más bella de las diosas, con Hassán, el más gallardo de los mortales.

Esplendor, contrariadísima primero por verse así aprisionada e impotente contra el tan limitado espíritu de aquel adamita osado, había cambiado bien pronto de opinión al oírle recitar versos por él improvisados.

–Pero ¿es poeta? –se preguntaba extasiada–. Pero ¿un mortal puede ser poeta y hablar así el divino lenguaje de los seres inmortales?

No hay por qué describir los cuarenta días así pasados por los dos amantes en aquel palacio de encantos, servidos hasta en sus menores pensamientos por las siete princesas hijas del Gennistán. Al cabo de ellos Hassán tuvo un sueño en el que vio la aflicción de su pobre madre ante la larga ausencia de su hijo, sin saber su paradero ni aun siquiera si vivía o no, por lo cual, comunicando el caso su esposa con las princesas, estas le dijeron que podrían llevarlos a entrambos al lado de su madre, y en efecto, Botón de Rosa, tocando fuertemente el tambor mágico, hizo surgir del suelo toda una potente recua de dromedarios, caballos y mulas, a la que cargó con preciosos fardos y un palanquín para los esposos, con orden de ir por los aires en derechura hacia Bagdad, donde los amantes brazos de la anciana aguardaban ansiosos a su hijo.

Al año justo, Esplendor, que constituía con Hassán todas las delicias de la anciana,

dió a luz dos gemelos tan hermosos como el sol y la luna, y Hassán, agradecido siempre hacia sus protectoras, no quiso demorar un instante más el hacerlas la prometida visita, aun valiéndose del consabido tambor, pero no sin encargarse muchísimo a su madre que bajo ningún pretexto entregase a Esplendor su manto de plumas, que él le diese a guardar a la anciana, porque en el punto en que tal hiciera podría ella caer en la tentación de volar con sus hermanas-cisnes como antaño.

Por desgracia, sirvieron de poco las prevenciones de Hassán, porque Esplendor, aprovechando un descuido de su suegra, se dio trazas a apoderarse de su caparazón de plumas de cisne, y cobijando bajo sus alas a sus dos niños, de un vuelo abandonó la ciudad de Bagdad con rumbo hacia la inaccesible isla de Wak-wak, donde dijo podría encontrarla su esposo cuando regresase.

COMENTARIOS

El resto del delicioso cuento guarda cierto paralelismo con el que vendrá en el capítulo próximo relativo a la isla de Wak-wak, por lo que le interrumpimos aquí, aunque no sin apuntar que en él se ve la filiación de cuantas leyendas europeas relativas al Caballero del Cisne, Helios o Lohengrin corren por la literatura, incluso la poesía inmortal de Rubén Darío y la gran obra musical de Wagner con este título, obra apoyada (cap. VII, tomo III de nuestra Biblioteca de las Maravillas) en la leyenda del Brabante que estudia el sabio Bonilla y San Martín en su Mito de Psiquis⁷⁷. ¡Sólo en la isla de Wak-wak, Isla Blanca, Aroma de las Columnas de “La Ciudad de Bronce”, o Isla hiperbórea e imperecedera del primero y más sagrado Continente, o sea el Continente Polar, puede, en efecto, según La Doctrina Secreta, “averiguarse lo que no se sabe”, y encontrarse el gran “Libro de la Palabra Perdida”, de tantos y tan augustos mitos!

En cuanto a la alquimia física y moral que fluye del cuento, ella es digna de un Paracelso o de un Lascaris **(7)**, porque el Arte hermético tiene en Las mil y una noches más precedentes de los que a primera vista pudiera creerse, desde que “Esplendor”, la Divina Luz de la justicia, volara al cielo como Astrea, después de haber dado a luz en este mundo a los dos gemelos inmortales del Sol y de la Luna, o sean los grandes y los pequeños Misterios iniciáticos. No hay que olvidar, en efecto, que el sublime “Esplendor” de la esposa de Hassán al Basri (prototipo Curador, este último, de los esenios del Líbano, a los que perteneciera Jesús) es algo que Hassán recibe donado en cierto modo, como hemos recibido nosotros antaño los tesoros de nuestras facultades todas en el “Palacio de las 40 puertas” de nuestros padres, pero que llegados ya al periodo de la razón, nos vuela al cielo o “isla de Wak-wak”, adonde tenemos que subir penosamente para encontrarla con todo el complicado y heroico esfuerzo que se verá descrito a su tiempo en el Libro de las Iniciaciones.

(1) La redacción de esta última frase es nuestra. El texto de referencia de Mardrus se extiende, por el contrario, en otra serie de preguntas cada vez más triviales y evidentemente interpoladas por autores posteriores en el texto sirio que sirviese a éste para su valiosa traducción. Dichas preguntas, además, pueden verse allí, tales como la relativa al árbol de 12 ramas (el año y los meses), cada una con 30 racimos (los días), unos blancos y otros negros; a la pobreza, como la cosa que se debe tener más oculta, porque de ella se ríen hasta los amigos y convecinos; a la salud y a la amistad, como las joyas más preciosas; al carácter, como el árbol más difícil de enderezar; a la inutilidad de las lamentaciones, que sólo desprecio traen consigo, etc., etc.

(2) En estas terribles frases se encierra todo el misterio de la Iniciación ocultista, que se resume en el dilema de "o vencido, o vencedor".

(3) Nótese que Pablo, el gran Iniciado cristiano, también "tomó el camino de Damasco" (la clásica ciudad de Damas, o la ciudad lunar) y en él vió a su Maestro Jesús, según el lejano eco de ello conservado en Los hechos de los Apóstoles.

(4) Aquí surge, como siempre, el juramento de sigilo, preliminar de toda iniciación.

(5) Aquí la tónica fundamental de todos los grandes relatos de Las mil y una noches, o sea la amenaza de muerte que ya vimos al comenzar, simbólica muerte que se evita siempre con la Magia de la Idea, o sea, allá, la luminosa imaginación de Schaharazada, y aquí, la encerrada en el viejo libro en cuestión.

(6) Estas palabras recuerdan ciertas fórmulas mágicas de la alquimia medioeval, tomadas sin duda de aquí, y el Macca-bak, o "Macaban" de ciertas danzas gitanescas.

(7) Lascaris fue un misterioso personaje alemán, de origen oriental, a principios del siglo XVIII. Una de sus más célebres obras de alquimia fué la de trocar en oro purísimo toda la vajilla de plata que poseía la condesa de Erbach en su castillo, hecho completamente auténtico, por cuanto la vajilla en cuestión llegó a ser objeto de litigio, a causa de haberse separado la condesa de su esposo, que reclamaba la mitad de su valor. El químico Dippel pretendió demostrar que la tintura de que se servía Lascaris era una simple solución de cloruro de oro. El maestro tuvo una porción de discípulos que recorrieron Europa propagando el arte hermético, tales como Bötticher, Braun, Martín y Schmolz de Dierbach.

EL VELO DE ISIS

Mario Roso de Luna